EL TEATRO

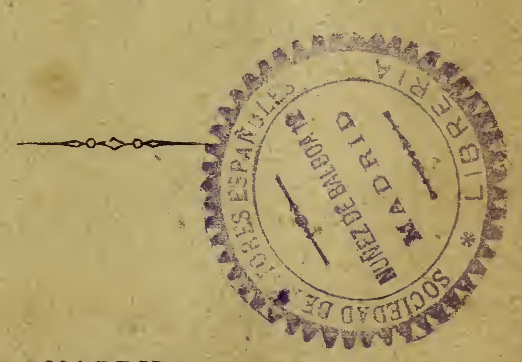
COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

LAS DIABLURAS DE PERICO

APROPOSITO COMICO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

CIPRIANO MARTÍNEZ



MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(Sucesor de Hijos de A. Gullón.)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°
—13
1868

LAS DIABLURAS DE PERICO

apropósito cómico en un acto y en verso

ORIGINAL DE

CIPRIANO MARTINEZ

Representado por primera vez con gran éxito en el TEATRO DE NOVEDADES, el día 22 de Marzo de 1868.

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1868

PERSONAJES		ACTORES
—		—
PERICO, catorce años.	DOÑA	GABRIELA ROMERAL DE IROBA
DOÑA HILDEGUNDA..	»	ANGELES CARRASCO.
PETRA.............	»	PASCUALA CABEZA.
DON MAMERTO......	DON	CIPRIANO MARTÍNEZ.

La acción pasa en Madrid.

A LA DISTINGUIDA PRIMERA ACTRÍZ

DOÑA GABRIELA ROMERAL DE IROBA

En testimonio de sincera amistad y alto reconocimiento, su apasionado,

El Autor.

ACTO ÚNICO

Sala decentemente amueblada. Puerta al foro y laterales. Velador y butacas á la izquierda. Un armario con varias botellas de licores, al fondo. Un canario con su jaula en la escena.

ESCENA PRIMERA

DOÑA HILDEGUNDA y DON MAMERTO, aparecen disputando.

HILD. ¡Que no te digo!
MAM. ¡Que sí!
¡No prosigas, Hildegunda!
¡En mi casa soy el rey!
HILD. ¡Sí, de copas!
MAM. ¡Fuera pullas!
El niño pasará en casa
tres semanas.
HILD. ¿Tres? Ni una;
no lo consiento.
MAM. Lo mando...
¡y no admito más repulsas!
Conviene mude de aires
de Sigüenza en la clausura;
ya habrá aquietado su genio,
y nos vendrá, ¿quién lo duda?
casi del todo cambiado;

pues según me lo aseguran
los padres, en el colegio
modelo es de compostura
y de aplicación, y tiene
todo el latín en la uña,
historia y geografía...
Allí es el que más despunta.
¡Si es un asombro ese chico!

HILD. Sí, para inventar diabluras.
Mándale allá con sus padres.

MAM. ¡Si están en Extremadura!
Nada, nada; con su abuelo.
Sólo al pensar la ventura
que voy á tener, ¡Dios mío!
de gozo el pecho se inunda,
y de mis sesenta y ocho,
edad por cierto madura.
¡jurara me quitan treinta
viendo su faz rubicunda!

HILD. ¡Jesús! ¡Este hombre chochea!

MAM. Pues, como tú.

HILD. ¡No me aburras!
¡Calla, calla! ¡Qué bochorno!

MAM. Siempre con lazos y agujas,
y postizos y prendidos,
y otras dos mil paparruchas,
teniendo sesenta ya,
según tú misma aseguras,
que por mi cuenta son...

HILD. ¡Calla!
soy una niña...

MAM. (¡Mayúscula!)

HILD. Si me comparo contigo.

MAM. En qué, díme; ¿en estatura?

HILD. No quiero oir más sandeces;
y pues prefieres que huya
de aquí la paz, en buen hora;
no me eches luégo la culpa
de tus toses y vahidos.

MAM. Si ya tengo calentura
de sólo oirte, mujer.
¡Y hay quien quiera la coyunda!

HILD. No haberse casado, ¿estamos?
MAM. ¡Mea culpa! ¡Mea culpa!
¡Que habiendo tanta epidemia
no venga por aquí una!
HILD. Eso mismo digo yo;
¿por qué no estaré ya viuda?
MAM. ¡Canastos! Calla, serpiente;
¡no tu deseo se cumpla!
HILD. ¡Ay! El año diez y siete
no eras así; ¡con dulzura
y con mimo me tratabas!
MAM. Ya ha llovido desde...
HILD. ¡Y nunca
de tan malos tratamientos
fuí merecedora!
MAM. Escucha.
HILD. Y contigo á todas partes
me llevabas; y si adusta
veías mi faz, al punto
con benevolencia suma
satisfacías mis gustos!
MAM. ¿Y en qué hoy mi amor te disgusta?
HILD. En no ser lo que eras antes.
MAM. La mitad de mi fortuna
diera de muy buena gana
por librarme del reuma,
del catarro y de la tos...
(y de tí) dulce Hildegunda.
¿Qué queja puedes tener?
¿Tu voluntad absoluta,
no es en casa obedecida?
No se compran ni aun lechugas
en ella, sin que primero
lo ordenes tú; y ni un recluta
obedecerá más pronto
lo que tu voz insinúa,
que yo, que no quiero armarla,
porque el sosiego me gusta;
pero si quieres jarana,
jarana habrá, ¡y no menuda!
Precisamente está el horno
dispuesto para armar una...

ESCENA II

DICHOS, y PETRA por el foro

PETRA. ¡Señor, señor! ¡Ya está ahí!
¡ahora sube la escalera!
MAM. ¿Mi Perico?
PETRA. El mismo. (Va á salir.)
MAM. Espera.
¡No sé qué pasa por mí!...
¡Voy á verle!... Si llorar
me hace el placer que ahora
siento. (Campanilla.)
PETRA. Que llaman.
MAM. ¡Abre al momento!
(Vase Petra por el foro é Hildegunda se dirige también á salir.)
¡Cómo! ¿Nos vas á dejar?
HILD. Y hasta de casa me iré,
pues aquí de sobra estoy;
¡y advierte que si me voy,
tal vez nunca volveré! (Vase.)

ESCENA III

DON MAMERTO, y después PERICO y PETRA

MAM. ¡Cómo va! ¡Hecha un cohete!
¡Hoy pone en el cielo el grito!
PETRA. Entre usté; ¡allí está!
PERICO. ¡Abuelito!
(Saliendo en traje de seminarista y abrazando á Mamerto.)
MAM. ¡Aprieta firme, pillete!
¿Cómo vienes?
PERICO. Hecho un Cid;
para toda empresa listo,
exhibido en un tren mixto
á la villa de Madrid.
MAM. ¡Magnífico! ¡Bien; muy bien!
¿Llegas contento?

PERICO. Sí tal;
ya á usted le veo cabal...
Y la abuela. ¡voto á cien!...
¿cómo á abrazarme no viene
colmando más mi ventura?
MAM. Está con la calentura.
PETRA. ¿Qué dice usted?
PERICO. ¿Pues qué tiene?
MAM. Según barrunto, hidrofobia.
PERICO. ¿Hidrofobia?... no me explico...
MAM. Y lo dicho ratifico;
siendo la cuestión bien obvia,
porque tú eres el causante
del exceso que hoy la acosa;
pues tan airada y furiosa
se encuentra y recalcitrante
conmigo, por tu llegada,
que si Dios no lo remedia,
va á haber aquí una tragedia.
PERICO. Pero tragedia silbada.
¡Esas tenemos! ¿La abuela
contra mí se alza iracunda
y rebelde á la coyunda
á su despotismo apela?
Venga en buen hora á lidiar,
que la lucha es lo que ansío,
pues cuento con fuego y brío
y travesura escolar.
¡Por dicha en tiempos no estamos
de soportar fiero yugo;
y si á la abuela le plugo
armarla, nos pronunciamos!
usted será el general;
esta y yo su pueblo fiel;
y no hay que darla cuartel;
declare la ley marcial,
y fijo en mi callejuela
con trabuco ó carabina,
armaré tal sarracina,
que, ó se nos rinde la abuela
por completo á discreción,
ó voto á mil de á caballo,

su habitación ametrallo
con lógica de cañón;
y hundida su potestad,
triunfante nuestra bandera,
gritaré por vez primera,
que ¡viva la libertad!

MAM. ¡Já, já! Tiene arranque el chico;
¡abrázame, rapazuelo!

PERICO. Conque, ¿la armamos, abuelo?

MAM. ¡Qué pico, señor, qué pico!
¡Nada de gresca ni ruído!
A nuestro campo vendrá,
y en su error confesará
contrita, estoy convencido.

PERICO. Lo siento, porque deseo...

MAM. ¿Qué deseas? habla, dí.

PERICO. Nada.

MAM. ¿Ya dudas de mí?

PERICO. No señor.

MAM. Por lo que veo...

PERICO. No. Si me causa pesar,
que cuando llego á esta casa,
en vez de dicha sin tasa
desdichas vengo á sembrar.
Pues nunca me imaginara,
aunque el oirlo no os cuadre,
que la madre de mi madre
de esta suerte me tratara.
Y pues demás aquí estoy,
á juzgar por su acogida,
reciba mi despedida
porque ahora mismo me voy.

MAM. Muchacho, ¿qué es lo que dices?
¿Irte? ¡No faltaba más!
Cierra, Petra. No te vas:
echarás aquí raíces.
Si mi cónyuge chochea,
en vereda la haré entrar.
Al punto la voy á hablar,
y como terca la vea,
cansado de tal consorcio,
ó una paliza se gana,

ó la echo por la ventana,
ó esta tarde me divorcio. (*Vase.*)

ESCENA IV

PERICO y PETRA

PETRA. ¡Ay, pobre don Mamerto!
Si airada el alma
continúa en sus trece,
¡la que le aguarda!
PERICO. ¡Siga la gresca!
¡No te apures por eso,
linda morena!
Mírame qué sereno
su furia arrostro,
pues si de cuerpo chico
de aquí soy mozo
(*Señalando al corazón.*)
de tanta talla,
cual puede serlo el nene
de mi tocaya.
PETRA. Yo soy nena sin nene,
don Periquito,
que mi cara no es cara,
sino un castigo,
y aunque no vieja
lo principal me falta,
que es la esperiencia.
PERICO. Cuando en sazón me encuentre,
Dios me depare
una moza inexperta
de tus alcances;
fuera inexperto
los dos primeros días,
doctor al sexto.
PETRA. Muy tempranito empieza;
por lo que auguro,
que el que tan pronto...
PERICO. ¡Acaba!
PETRA. ¡Ya he dicho mucho!
(Vaya un curita

que este hará con el tiempo
 (según se explica.)

PERICO. Aunque lección de amores
 yo no dí nunca,
ni he cursado en sus áulas,
 tocaya, escucha
 por un momeuto,
la pintura á mi juicio,
 del que anda en cueros.
—Es amor un juguete
 de mil colores,
tras del cual van ansiosos
 mujeres y hombres;
 el que al tocarlo
trueca las ilusiones
 en desengaños.—
—Es amor mariposa
 que vuela errante,
agostando las flores
 que abren su cáliz,
 y halla su muerte
en la llama que busca
 volando siempre.—
—Es amor una vieja
 llena de moños,
soberana absoluta
 de enclenques pollos;
 gallina clueca,
que con agenas galas
 un siglo ostenta.—
—Es amor un enano
 con chepa de oro,
si á cuanto se le pide
 contesta: otorgo;
 que amor es ciego,
y con oro, lo horrible
 lo encuentra bello.—
—Y es amor cuanto piensas,
 cuanto deseas,
es amor lo que tocas,
 con lo que sueñas;
 y es en sustancia.

toda la personita
de mi tocaya.

PETRA. Gracias mil, señorito,
por tal lisonja;
¡yo no merezco tanto
y usted me honra!

PERICO. ¡Ay, Petra! ¡Petra!
¡qué cosas te diría
si yo pudiera!
¡De este cascarón negro
me veo esclavo!

PETRA. Y no siendo ni aun pollo...

PERICO. Quiero ser gallo.
Correr el mundo,
no ser anacoreta
de nuevo cuño.

PETRA. Pues eso lo hallo fácil.

PERICO. No sin repulsa
de mi indigesta abuela,
que es quien me educa.

PETRA. ¡Tenga usted bríos!
ya en los tiempos no estamos
del despotismo.

PERICO. ¡Razón tienes de sobra,
manteos fuera!
¡la independencia impere!...
¡Cielos! ¡la abuela!

PETRA. Se cambió el cuadro.
Vaya un arranque... vóime.

PERICO. Óyeme

PETRA. Andando.

(Vase por el foro.)

ESCENA V

PERICO y después DOÑA HILDEGUNDA

PERICO. ¡La abuela! Se acabó el brío;
paciencia y vamos mintiendo.
¡Señora, muy buenos días!
La mano. (Besándole la mano con humildad.)

HILD. (Bendiciéndole.) ¡Dios te haga bueno!

Perico. (¡Principian las bendiciones!)
Hild. ¿Cómo vienes?
Perico. (Rezando.) «Padre nuestro...»
¡Para serviros, señora!
«y *ténganos* en tu reino...»
Hild. (¡Qué humildad! cuando creía...)
Deja para luégo el rezo,
que tiempo de más habrá...
Perico. ¡Mi gusto es obedeceros!
Hild. ¡Tu conformidad me admira!
¿Y qué tal en el colegio?
¿Te diviertes?
Perico. Con los padres
suelo salir á paseo
los jueves y los domingos
(se entiende, cuando no hay cepo),
y jugamos á los bolos
discípulos y maestros,
ante un convento de monjas,
que por señas se está hundiendo
desde el año treinta y cuatro.
Hild. ¡Pobrecitas! ¡Qué gobiernos!
¿Y has adelantado mucho
en tus estudios, lucero?
Perico. De latín no voy muy mal;
(no sé conjugar un verbo),
y en cuanto á filosofía
y moral soy el primero.
Hild. Así me gusta; muy bien:
(¡de mi sorpresa no vuelvo!
Vamos, si me lo han cambiado
los padres en año y medio:
¡lo que saben esos hombres!)
¿Y tú estarás, por supuesto,
satisfecho de tí mismo?
Perico. Señora, estoy satisfecho.
Hild. ¿Y seguirás estudiando?
Perico. ¡Si su ayuda me da el cielo!
Yo no cambio la casaca,
quiero decir, los manteos,
por nada en el mundo, abuela.
Hild. ¡Hijo mío, muy bien hecho!

Huye de esa juventud,
que sin pizca de respeto,
á los mayores desprecia,
sus consejos desoyendo;
que en teatros y saraos,
en tertulias y paseos...

PERICO. ¡Ostenta lo que no tiene
ó cuesta poco obtenerlo!
De esa juventud viciosa,
que según el padre Alberto,
ellas son Evas gastadas
y Adanes hastiados ellos.
De esa manada de pollas,
con frac, bastón y sombrero,
con más ganas de casarse
que de entrar en un convento.

HILD. Me reconcilié contigo.
Espera en este aposento
un instante, que en albricias
voy á disponerte almuerzo.
(¡Es una alhaja! ¡una alhaja!
¡qué bien le caerá el capelo!
¡No le pido más á Dios,
que con él llegue yo á verlo!) (Vase.)

ESCENA VI

PERICO, solo.

Pues señor, siga el belén;
mentir á diestro y siniestro.
No empiezo mal, ¡voto á cien!
de esta hecha soy maestro.
Lo que antaño fué pecado,
hoy como virtud se mira;
que en este siglo ilustrado
se da culto á la mentira.
Pues á fingir voy por cuatro;
nada, Perico, á fingir;
mi campo será el teatro;
mi gloria, mi porvenir.
Fuera este negro atavío

que de luto el alma llena;
(Se quita la beca y el manteo.) (1)
me pronuncio, y al avío;
ya creo verme en la escena.
Allí está el público, allí. (Señalando al público.)
¿A ver qué sensación causo?
¡Ay, cielos! ¿me silban?... Sí.
¡No; que me dan un aplauso!
Debuté. Con travesura
todo se alcanza en verdad.
¡Qué miro! ¡Un sér en clausura!
¿Para qué es la libertad?
(Alcanza la jaula del pájaro y la abre)
¡Sal, ave, de esa prisión,
y emprende alegre tu vuelo;
libertad es mi pendón;
libertad mi único anhelo!
¡Germen fecundo de luz,
y cual ninguno fecundo,
proclamado en una cruz
por el Redentor del mundo!
Nada; cambio radical,
varíese el mobiliario;
(Va haciendo lo que indica el diálogo.)
aquí la mesa el sitial;
aquí el sofá; aquí el armario.
(Se oye ruido de vidrios dentro del armario.)
¡Cacharros hice! Aquí es ella.
Al verlo doña Hildegunda...
(Abre el armario y saca las botellas.)
¿Mas qué miro?... ¡Una botella!
no, dos; el género abunda.
Yo, que nunca me achispé...
Y no es porque no haya visto
sobrados ejemplos de...
Hoy mi libertad conquisto,
y me alegro, no hay tu tía...
Añejo, vengan añejas;
(Se sube encima de una silla para ir viendo las botellas.)

(1) A gusto de la actríz la acotación.

pajarete, malvasía,
tintillo y leche de viejas...
Con este me he de achispar;
descorchemos, y en un vuelo...
¡Quién llega!... ¡Idea sin par!
¡Voy á achispar al abuelo!

ESCENA VII

PERICO y DON MAMERTO

MAM. ¿Muchacho, qué haces ahí?
PERICO. Ya lo vé usted, casi nada.
Arreglo su biblioteca.
MAM. Bájate.
PERICO. Tenga usted calma.
¿Qué obra quiere usted primero?
Conteste.
MAM. ¡Já, já! ¡qué gracia!
A ver, á ver...
PERICO. Menta: esta.
(Saca una hotella.)
MAM. Esa no.
PERICO. ¿Por qué?
MAM. Es mal sana.
PERICO. Espere le elijo otra.
¡Ajá! Ron de la Jamáica. (Saca otra.)
MAM. No, no; el ron para después.
Valdepeñas y Peralta. (Saca dos.)
PERICO. Aquí están las dos obrillas;
¡abuelito, hasta apurarlas!
MAM Venga; te echaré un poquito.
PERICO. ¿Poquito? con verlo basta.
A botella por cabeza.
MAM. Perico, eso no; y repara
que si viniese tu abuela...
(Bebiendo en la copa que le habrá servido Perico.)
PERICO. Que venga, no importa nada.
Usted se achispa conmigo. (Bebe.)
MAM. ¿Quién, yo?... ¡Pues eso faltaba!
¡No en mis días, no señor! (Bebe.)
¡Buen gusto tiene el Peralta!

¿Achisparme?... ¡El Valdepeñas, (Bebe.)
por quien soy, no le va en zaga!
¡Vaya, vaya! ¿A ver el ron?
¡Muchacho! (Quitándole la botella.)

PERICO. ¿Por qué se espanta?
Le voy haciendo á usté el duelo.
¡Ay, abuelito del alma,
y qué contento que estoy!
¿Usted todavía baila?

MAM. Sí, mucho; en la cuerda floja.
¡No bebas más!

PERICO. ¡Si esto es agua!

MAM. Pero es agua que se sube
á la cabeza, y... ¡caramba!
Perico, ¿cómo me encuentras?

PERICO. Entre Valdemoro y Parla.
Casi, casi, como yo;
alegre como unas pascuas.
¡*Suene, suene la trompa guerrera*!

MAM. No, no; que no suene nada;
pues si viene mi costilla...

PERICO. Que venga: corro á buscarla.

MAM. ¡No te muevas, desgraciado!

PERICO. ¿Y por qué? (Gritando.)

MAM. ¡Bandido, calla!

PERICO. Si bebo, callo.

MAM. ¡Bebamos! (Beben.)
¡Hijo, desde aquí á la cama!

PERICO. ¿Con usted? ¡Já, já! ¡Ay, abuelo!...

MAM. ¿Qué?

PERICO. Llame usté á la criada.

MAM. ¡A la Petra! ¿Para qué?

PERICO ¡Ay! ¡Que venga mi tocaya!

MAM. ¡Chispo! Está chispo, no hay duda;
y á mí bien poco me falta.

PERICO. Díme, abuelo: ¿cuándo pollo,
te gustaron las muchachas?

MAM. ¡Y me tutea! (Riendo.)

PERICO. Responde.

MAM. ¡La pregunta tiene gracia!
Si he sido un don Juan Tenorio.

PERICO. Oye lo que por mí pasa.

y los antojos que siento
al crugir de unas enaguas.—
—Si por la acera camina,
angosta haciendo la acera,
una modista hechicera
que sale de su oficina,
de amor con hambre canina,
para calmar mis antojos,
tras la lumbre de sus ojos
fuera con ella hasta China.
Si crugiendo el guardapié,
una madrileña neta
pasa á mi lado, y coqueta,
porque un charco adrede vé,
se alza el vestido, y el pié
me enseña, y aun más que veo...
experimento un mareo,
que ni aun lo que siento sé.
—Gocen otros mil placeres
lejos de ellas, no me opongo;
si como en Madrid, en Congo,
San Petersburgo ó Amberes,
siempre gozoso me vieres
marchar de su huella en pos,
diciendo: «¡Bendito Dios,
que nos creó las mujeres!»

MAM. Si por la calle ligera,
angosta haciendo la calle,
una chica de buen talle
me guiña, y mi guiño espera,
con aire de calavera,
de amor cautivo en las redes,
me agarro... hasta las paredes
para seguir su carrera.
Y si miro en un balcón
una polla sin barníz,
con bota á la emperatríz
y rizado pantalón,
mudo en mi contemplación,
gozando con su conquista,
se me aclara hasta la vista...
siendo ya un poco tentón —

Á seguir voy tus consejos;
sin ellas, venga la muerte...
Mas ¡ay, enemiga suerte!
¡huíd, ilusiones, lejos!
¡Del amor á los reflejos,
sólo guardo en mi aflicción,
el compás y la afición,
como los músicos viejos!

PERICO. ¡Bravo! ¡Sublime! ¡Soberbio!
Abuelito, ¿tú no cantas?

MAM. Doy el *do* de Tamberlik.
¡Conque figúrate!...

PERICO. ¡Vaya,
pues canta una malagueña!

MAM. Mi género es *La Traviatta.*
¡Traviatta! (Canta desentonadamente.)

PERICO. ¡Cállate, hombre!
y aprende para cantarla,
esta sentida canción,
hija de la propia Habana.
(Cantando acompañado por la orquesta.) (1)
«Panchicho con su nengrita
dicen que reñío está;
y Panchita guñe, guñe,
y no le quiere mirá.
Y es que Panchita
quiere criá,
á un niño banco
del que es mamá.
Panchito es nego;
Panchita es más;
¡ay! qué reganga
para el papá.»

(Perico y don Mamerto concluyen cantando la habanera y bailándola, en el colmo de la embriaguéz.)

PERICO. ¡Viva la bulla, el desorden,
domine aquí la algazara!

---

(1) La música de la habanera á elección de la actríz, como asimismo la supresión de ella, bailándola solo según se marca.

ESCENA VIII

DICHOS y DOÑA HILDEGUNDA, por la izquierda.

HILD. ¡Qué es lo que miro, Dios santo!
PERICO. ¡A las armas! (Cogiendo dos botellas.)
HILD. ¡No, no sueño!
¡Bebidos!
MAM. (Dando traspiés.) ¡Ven, dulce dueño!
HILD. ¡Aparta!
MAM. (Jaleándola.) ¡Que siga el canto!
HILD. ¡Mal hombre! (Gritando.)
MAM. ¡Doña Hildegunda!
PERICO. ¡Al orden!
HILD. ¡No; alzaré el grito!
MAM. ¡Calla! (Amenazándola.)
HILD. ¡No! (Gritando más fuerte.)
MAM. ¡Que si me irrito,
vas á llevar una tunda!...
HILD. ¡No me queda más que oir!
¡Pegarme!... ¡Petra!... ¡Vampiro!
MAM ¡Sierpe!
HILD. ¡Estafermo! ¡Ay, yo espiro!
MAM. ¡Marmota!
HILD. Esto no es vivir.
¡Con la criada me voy!
¡Petra!
MAM. No lo autorizamos;
que ambos la necesitamos.
¿Verdad, chico?
PERICO. En eso estoy.

ESCENA IX

DICHOS y PETRA, por el foro.

PETRA. ¡Señora!
HILD. Ven; al momento;
tú me vas á acompañar.
PERICO. (Aparte á Mamerto.)
No la debe usted dejar.

MAM. Tal salida no consiento.
HILD. Si no por buenas, por mal
me iré.
MAM. ¡Nadie se propasa!
¡Declaro desde hoy la casa
en estado excepcional!
HILD. ¡Esto es lo que tú querías!
¿Y tus juramentos, di?
MAM. ¡Quedan también, desde aquí,
suspensas las garantías!
HILD. ¡Y adiós, que de tí me alejo
para siempre!
(Poniéndose la mantilla, que ya habrá sacado Petra. Mamerto la detiene.)
MAM. ¡No saldrás!
HILD. ¡Ya de mí te acordarás! (Marchándose.)
¡Estantigua! (Gritando.)
MAM. ¡Esfinge!
HILD. ¡Viejo!
(Vanse ambos disputando por el foro, seguidos de Petra.)

ESCENA X

PERICO solo y después DON MAMERTO

PERICO. ¡La armé, y gorda á mi entender!
¡Antes que vuelvan, me ausento!
(Al público.)
Señores, mucho lo siento,
mas me tengo que esconder.
Resabios son de la edad,
(Mamerto sale sin ser visto.)
hijos de la imprevisión,
que solicitan perdón...
MAM. De vuestra mucha y no des-
mentida nunca bondad,
si así que caiga del todo el telón...
PERICO. Abuelo, ¡voto á Luzbel!
¿qué dice usted?
MAM. (Haciendo ademán de aplaudir.)
Toma, yo...

¿no comprendes?

PERICO. Menos.

MAM. ¿No?

Lo transmitiré al papel.

(Se sienta, dando traspiés, en la mesa, coge papel y pluma, y la moja en una de las copas de vino, y escribe.)

PERICO. (Al público.)

Señores, os lo suplico;
no escuchéis su memorial;
pues de oirlo, acaban mal
LAS DIABLURAS DE PERICO.

FIN

Examinada esta comedia, no hallo inconveniente en que su representación se autorice con las supresiones hechas.

Madrid 25 *de Enero de* 1868.

El Censor de Teatros,
NARCISO S. SERRA.

Quedan hechas las supresiones marcadas por el censor.

EL AUTOR.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.